

positivamente; conviene a saber, que se aparta de ellos y los deja, poniendo en medio de su majestad santísima y del pecador un lejos de olvido, que es aquel que dice Isaias,⁴ de donde ha de venir al juicio, cuando dijo: Veis aquí viene el nombre del Señor de muy lejos, que es un lejos de disfavor y enojo; de manera que Dios no es causa del mal que el pecador hace, como lo prueba el *Eclesiástico*,⁵ hablando con el pecador, diciendo, no digas, él me engaño y me ofreció el pecado, como si dijera: en la maldad que cometes, tú eres el autor a quien se ha de atribuir la culpa, porque tú solo (incitado de tu propia malicia) pecaste, porque no son necesarios (prosigue luego) los impíos y malos en la presencia y divino acatamiento de Dios; como quien dice no es Dios de condición que quiera admitir en su casa pecados; y así los pecadores no son para su presencia; porque por el mismo caso que son pecadores se hacen indignos de llamarse suyos; pues de aquí se sigue, que no siendo esta culpa de Dios, ni de parte suya (como no lo es), lo es de parte del hombre que los comete, y por esto lo reprueba y no lo cuenta en el número de los suyos; y como a miembro indigno de tal cabeza, lo desecha de sí y reprueba, y le deja cometer pecados, cuantos se le antojan; que no es de los pequeños espantos que pueden caer en el alma esta licencia tan larga y generosa de Dios; pues de ella no se sigue hacer su voluntad sino la del hombre, de cuya suelta se sigue su perdición.

CAPÍTULO X. *De cómo Dios castiga pecados con pecados*



DE LO DICHO EN EL CAPÍTULO PASADO SE INFIERE, cómo uno de los mayores castigos que Dios hace en un hombre perdido y desalmado, descuidado de él y solícito en ofenderle, es dejarle ir a rienda suelta y sin freno tras la maldad y no retraerle de sus culpas, y cegarle para que prosiga en sus maldades, y que no vea su perdición y daño; que esto es (como se ha dicho) un muy gran castigo que en él hace. Dos cosas hemos dicho en el principio de este capítulo; la una, cómo es gran castigo que Dios hace dejar pecar al pecador y que añada pecados a pecados; y la otra, cómo los ciega para que no vean su remedio ni adviertan el peligro de su daño. De este primer sentido y pensamiento (que es castigarle con pecados que añade sobre pecados) no estaba lejos el santo rey David (sino muy cerca) cuando en el psalmo sesenta y ocho, hablando con Dios, dijo: pon, Señor, en ellos una maldad sobre otra (esto es), no sepan qué cosa es bondad, no dejen de pecar y añadan pecados a pecados; como si dijera, no hagan bien ninguno, ni conozcan, ni vean el mal en que están y no entren (dice luego) en tu justicia; quiere decir, que nunca conozcan la razón ni jamás se vean buenos ni enmendados. Vayan, Señor, cayendo de un mal en otro; esto se verifica y prueba en un hombre que nunca se halla a estar en gracia, sino

⁴ Isai. 30.

⁵ Eccl. 15.

siempre en pecado; y en otro psalmo,¹ dice: hizo camino y vía al sendero de vuestra ira y no perdonó de la muerte las ánimas de ellos. Hacer camino a la ira de Dios es abrir paso con las maldades que el pecador comete, para que la ira de Dios ejecute el rigor de su poderío; y así el camino estrecho de la ley de Dios le abre y le hace ancho por donde holgadamente puedan pasar con sus maldades y no hallen en ella tropiezo ni embarazo; como quien dice: andad, hermanos, ese camino real y carretero de la maldad y menosprecio de Dios, que a dar vais al peligro de mi ira; y si ahora aumentáis pecados a pecados, después los pagaréis unos y otros, porque todos han de llegar a pagadero.

De lo segundo, que es cegarlos, tenemos la prueba en el *Deuteronomio*,² donde se dice: Hiérate Dios con locura, con ceguera y con furor de juicio, y sea de manera que andes palpando al medio día, como suele el ciego en su obscuridad y tinieblas, y no endereces ni encamines tus senderos. Estas tres cosas, conviene a saber, locura, ceguera y furor de juicio, todo es uno; pero en tanto sinónimo junto muestra el afecto y vehemencia de la palabra; y en decir que a medio día (cuando el sol suele estar más claro) ande a ciegas y palpando tinieblas, como hace el ciego, es decir que en las cosas claras y llanas esté el pecador ciego y no las entienda ni conozca la verdad, aunque la rodee por mil partes.

Esto dijo (aunque por otras palabras aquel profeta evangélico Isaías,³ diciendo): Mezcló Dios en ellos un espíritu de desvanecimiento, conviene a saber, un vaguido de cabeza; porque así como el que lo tiene anda atontado y falto de sentido y razón, así en las cosas espirituales el pecador, hecho a pecar, anda tonto, desvanecido y rodeado de vaguidos, con los cuales desvanecido, no pesa ni pondera la mala vida que vive ni el estado de su muy cierta perdición; y en otra parte dice: Cegad, Señor, el corazón de este pueblo para que los que ven no vean; porque esta ceguera es pena con que castiga Dios pecados; y así en aquella visión que este santo profeta vido, cuando se le representó Dios en aquel trono de majestad, dice, hablando con el pueblo:⁴ Cerraros ha Dios vuestros ojos para que no le veáis.

Éste es, pues, el riguroso castigo de Dios y uno de los más tremendos y espantosos que a la consideración del hombre ocurren; con el cual castiga la voluntad con actos propios de esa misma voluntad, no dándole aquello con que no pecara, sino que pues quiere pecar y siempre se ocupa en pecar, le deja que siempre peque; y no le quita de las manos aquello que le aparta de Dios y le es de inconveniente y estorbo para que se llegue a él y le sirva; y de estos tales aparta Dios su cara, como lo dijo el santo profeta Isaías,⁵ por estas palabras: Escondiste, Señor, tu cara de nosotros y estrujástenos en las manos de nuestra maldad; como si dijera, habéisnos,

¹ Psal. 77.

² Deut. 28.

³ Isai. 19.

⁴ Isai. 6.

⁵ Isai. 64.

Señor, tratado como si nos tomáredes entre dos piedras, y entre la dureza de ellas nos hubiéredes estrujado y hecho pedazos; y así dijo el profeta rey, en un psalmo:⁶ entre las piedras se estrujaron sus pequeñuelos; la metáfora del profeta la toma de uno que se enoja (lo cual de ordinario acontece), que vuelve la cara a contraria parte de aquel con quien se enoja; pues este volver la cara de Dios es dejar al hombre pecar y que se vaya tras un profundo despeñadero de males que no tengan remedio; y por ser éste un tan riguroso castigo, por eso entre las obras de la divina justicia es la que se cuenta por mayor; conviene a saber, permitir Dios tantos pecados en el mundo, que es lo que David dice en el psalmo: ¿Es hecho siempre contra el Señor, quién? El pecador, que nunca deja de ofender a Dios; y esas mismas cosas con que le ofende son con las que el mísero y desventurado loco es castigado; y por ventura se entiende a este propósito lo que el mismo David dice en otra parte,⁷ que se convierte en un perverso arco, el cual no siendo bueno y quebrándose, hiere al mismo que le tira; de manera que el tiro que pretende hacer a otra parte, ese mismo se le vuelve a sí; y con el arco que pretende herir se hiere, lo cual cuenta David que se verificó en su suegro Saúl, que queriéndole matar y procurándole hacer mal por todas las vías a él posibles, todo se le convertía contra sí; y el mal que pretendía hacer, ése recibía. Cavó foso (dice el mismo David)⁸ y abrió zanja para mí y cayó en ella; y así dice Isaías,⁹ a este propósito, si no creyéredes no creeréis; como quien dice, si fuéredes infieles y no creyéredes las verdades a que estáis obligados, no importa, que Dios hay que os castigará por ello, y esa vuestra incredulidad sera el castigo con que seréis castigados.

De esto dicho tiene fundamento decir que muchas veces les va Dios a la mano a los hombres en cosas que quieren emprender; lo uno, por ponerles freno a ellos; y lo otro, por causar temor a los venideros para que se dejen de tales locuras; y así vemos qué les sucedió a los que comenzaron a edificar la Torre de Babilonia,¹⁰ a los cuales se la derribó (no por temerlos, que cosa cierta y averiguada es que sin destruirse pudiera defenderse de ellos, pues con sola su palabra los derribara) no de espaldas, como a los que la noche de su prendimiento derribó, cuando les preguntó a quién buscaban; y diciéndole que a Jesús Nazareno y respondiéndoles: Yo soy, a esta voz cayeron, sino de ojos y vida, hasta dar con ellos en los profundos barrancos del infierno;¹¹ pero hizo esto, aprovechándose de aquella confusión en que los puso, para quitarles la ocasión a los futuros de que no fuesen de mal en peor. Ésta fue grande misericordia suya, porque impedidos y estorbados de aquel desatino, fuese remediable su culpa y no seguida de un mal en otro, porque dejar Dios crecer las culpas es señal de su indignación. Sucederle a un hombre las cosas malas, como las quiere y desea,

⁶ Psal. 136.

⁷ Psal. 77. v. 77.

⁸ Psal. 7 et 56.

⁹ Isai. 6.

¹⁰ Genes. 11.

¹¹ Ioan. 18. 7.

indicio es de gran castigo de Dios; y así, dijo Salomón¹² como bien industriado por el Espíritu Santo: La prosperidad de los tontos y necios los destruye y trae a estado de perdición; quiere decir, no hay mayor desventura para un hombre que ver que peca y que no haya quien le vaya a la mano en sus pecados, porque esto es la mayor señal de su condenación y el mayor castigo de sus castigos; porque cuando menos piensa llega Dios con la ejecución de su justicia y le da a entender que su disimular no es olvido sino no ser digno el pecador en su obstinación de su infinita clemencia y misericordia. Esto vemos en el psalmo, donde tratando David del desacato que mostraron los hebreos, cuando pasando por la soledad de el desierto no estimaron el pan soberano y celestial que cada día Dios les administraba y amasaba de su rocío, sino que ofendidos de su frecuencia y continuación y acordándose de las ollas de Egipto le pidieron carnes: dice David,¹³ que les acudió Dios muy cumplidamente (como se lee en el *Deuteronomio*)¹⁴ y que comieron de ellas hasta hartarse, de tal manera que quedaron ahitos y vomitándolas; pero no paró aquí, sino que cuando pensaron que tenían plenario y colmado gusto, descendió la ira de Dios sobre ellos y los castigó, porque aquel cumplimiento de gusto no fue querérsele dar, sino castigo del castigo que sus culpas y pecados merecían. Esto trata Filón, judío,¹⁵ muy docta y galanamente, diciendo ser muy gran castigo el que Dios envía a los hombres, castigando pecados con pecados y ésta es la razón porque ha permitido tanta idolatría en el mundo; y la ha disimulado por haberse dado los hombres a tantos vicios y muchedumbre de torpezas y haberse apartado de la virtud y bondad, que es el medio por donde Dios es buscado y hallado añadiendo vicios a vicios, culpas a culpas y pecados a pecados.

CAPÍTULO XI. *Que trata cómo por haberse apartado la ciega gentilidad de Dios los ha privado de su gracia*



OR LAS RAZONES REFERIDAS en el capítulo pasado queda bien probada la causa porque Dios permite que los hombres caigan de un pecado en otro; porque (como dijimos) son unos en pena y castigo de otros. Ahora resta saber la razón por qué Dios destituyó y desfavoreció de todo punto de su favor y gracia a los antiguos gentiles; la cual (demás de las dichas) es otra, haberse apartado ellos de él por arrogancia de saber y presunción propia, con sensualidad de vida, atribuyéndose a sí mismos la gloria, a sólo Dios debida, la cual, como dice por su profeta,¹ no quiere darla a nadie y contra el que se la quita se pone en arma, haciéndole con-

¹² Prov. 1.

¹³ Psal. 77.

¹⁴ Deut. 2.

¹⁵ Phil. lib. de Confu. Ling.

¹ Isai. 42.